

Manuel Eduardo Hübner: genio y figura hasta la sepultura

Por Sergio Gutiérrez Patri

La anécdota lo marcó para el resto de su vida, incluyendo su muerte, ocurrida la semana pasada tras 83 agitados años, en los cuales, hasta el golpe militar que cambió la proyección de respetabilidad ascendente de Chile, fue uno de sus actores políticos de fuste, de primera línea. Corrían los años 20 y Manuel Eduardo Hübner, uno de los 9 hermanos, administraba un cine de barrio. Estaba enamorado y la mujer de sus sueños no se perdía las funciones de cine mudo. Necesitaba con imperiosa frecuencia decirle cuánto la amaba. No encontró nada mejor que aprovechar los cambios de rollo y rollo que hacía el "cojo" de turno, para proyectar un letrero en la pantalla cuyas leyendas decían: "Hoy viniste más hermosa que nunca"; "Te amo"; "Casémonos"; "Qué lindo tu vestido" y otros piropos y ofertas matrimoniales. El público no entendía nada, pero así, en esa forma pintoresca, creativa, el administrador le gritaba sus sentimientos.

Tiempo después se casaron y como en los cuentos de infancia vivieron muchos años, tuvieron 5 hijos y fueron muy felices. Ella, "su loca fantasía", como diría el poeta, murió en 1976 y él, desde ese día, enfermó agravándose el dolor que padecía desde septiembre del 73. Vivía en Agustinas, en un departamento de los pisos superiores del edificio del diario *La Nación*, en el cual como periodista trabajó muchos años. El día que se terminó de reconstruir la bombardeada casa de gobierno y a ella fue a instalarse Pinochet, Manuel Eduardo Hübner ordenó cerrar las cortinas del ventanal de su pieza que miraba a La Moneda y por allí nunca más volvió a penetrar la luz.

Un amigo, al recordar esta situación el día de su muerte (su última voluntad fue que lo dejaran irse sin publicidad, que lo cremaran y que juntaran sus cenizas con las de su mujer, expariéndolas en plena bahía de su Valparaíso natal), dijo que lo había hecho más que por una última humorada, por un sentido de dignidad que siempre le acompañó en vida.

PERSONALIDAD MULTIFACETICA

Su vida fue apasionante y estuvo plagada de anécdotas, de lucha, de creatividad.

Dejó la carrera de leyes para incorporarse a la causa del socialismo, por su amor a la poesía -campo en el cual sus amigos Julio Barrenechea y Domingo Gómez Rojas lo requerían- y por la necesidad de ganar algunos pesos, pues estaba próximo a casarse.

Joven, se incorporó al periodismo, primero como reportero y después como redactor, compitiendo en el diario *La Nación* "los jueves" de Joaquín Edwards Bello

con "los martes" de Manuel Eduardo Hübner.

En esos años empieza su pasión por el internacionalismo latinoamericano, recalando las ideas de democracia y una unidad global que permita enfrentar al imperialismo. Eran los tiempos en que las primeras ideas de Haya de La Torre calaban en la juventud progresista y revolucionaria.

Se convierte en gran charlista internacional y escribe

"México en Marcha", país que no conocía y al cual fue invitado por el presidente de la época, Lázaro Cárdenas, del cual pasa a ser su consejero.

Elegido diputado por Coquimbo, La Serena e Illapel, era tanto lo que se ausentaba de Chile para irse al país del norte, que los mineros se quejaban de tener al más encendido orador de masas "pero que lástima que sea diputado por México".

DIPLOMATICO CULTURAL

Su carrera diplomática transcurrió en Los Angeles, Cuba y Guatemala, pero en el hecho fue "embajador" de conferencias en todo el mundo, siendo su temática predilecta el sentido latinoamericanista, Neruda, Gabriela Mistral, Simón Bolívar y el científico Humboldt.

Con Ibáñez fue director de informaciones del Estado y posteriormente se desempeñó como catedrático en la Universidad de Chile. También fue profesor honorario de la Academia de Guerra.

Esta última actividad, sumada a su ex condición de di-



Un apretón de manos con el otrora famoso Mickey Ronney, en Estados Unidos

putado integrante de la comisión de Defensa de la Cámara, le facilitó dar charlas en casi todos los cuarteles de Chile.

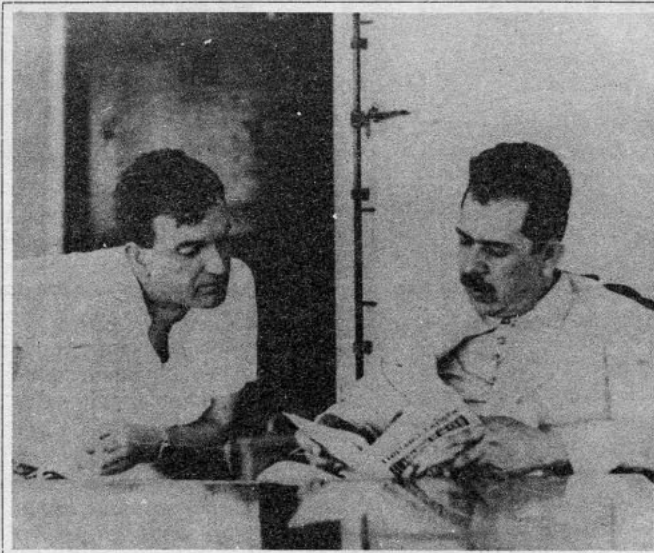
"En Iquique -recordaba años después del golpe del 73- uno de los que más aplaudió mi exposición, en la cual atacaba las concepciones chauvinistas y abordaba la necesidad de que las políticas gubernamentales estuvieran impregnadas de un gran sentido de justicia social, fue

un oficial joven, quien me reiteró, a la hora de comer, su admiración por lo que había planteado. Su nombre, Augusto Pinochet, al que nunca le perdonaré cómo me engañó".

NERUDA Y LOS ACROSTICOS

Como escritor, además de publicaciones de índole política y sobre naciones latinoamericanas, ganó un concurso literario de Ercilla, con su novela pacifista "Los Enemigos", pero además se lució escribiendo centenares de poesías que jamás publicó.

"Era -recuerda su hijo menor, Douglas Hübner, periodista y cineasta- campeón para los acrósticos, los que le fluían con gran facilidad. Tanto es así, que en Isla Negra, en casa de Neruda (me consta por ser testigo directo), recordaban que después del exitazo que tuvo la publicación de "Crepusculario" la popularidad del poeta fue de tal envergadura que todos le mandaban a pedir acrósticos. Como no daba abasto, mi padre le escribió una cantidad respetable, pero la firma la ponía Neruda". Pablo y Manuel Eduardo fueron grandes amigos, pese a que un tiempo estuvieron distanciados. La causa radicó en el hecho de que la mujer de Hübner era "hormiguista" fanática y no aceptaba su separación (se refería a la segunda esposa de Neruda, la pintora argentina Delia del Carril, conocida como La Hormigueta y que aún vive, cumpliendo 105 años de edad). Posteriormente se reencontraron y solían verse con frecuencia relativa hasta la muerte de Pablo Neruda, ocurrida días después del golpe militar de 1973.



Manuel Eduardo Hübner con el presidente de México, Lázaro Cárdenas

Las mil y una de sus anécdotas

Las anécdotas de Manuel Eduardo Hübner, quien fuera padrino del duelo a pistolas que por palabras más, palabras menos, sostuvo Salvador Allende con Raúl Rettig y del cual ambos resultaron ilesos, sobrepasan el centenar y son dignas de figurar en cualquier tratado sobre la materia.

Destacado en Buenos Aires como corresponsal de *La Nación*, su juventud le hizo adoptar el sonsonete y vozarrón de los trasandinos. Una noche, elegantemente vestido -incluso con polainas- entró a un bar bonaerense. Había bulla, la que se fue acallando a medida que ingresaba. Uno de los miembros de la orquesta le hizo un saludo. El silencio era sepulcral. De pronto, los concurrentes se pusieron de pie e irrumpieron en aplausos. Emocionado, Hübner agradeció y fue a ocupar una mesa vacía, pensando en lo mucho que lo querían. Tal vez -se decía- porque me conocen mi firme posición americanista. Minutos después comprendió que todo obedecía a una equivocación; lo habían confundido con el compositor José Santos Discépolo; razón por la cual optó por retirarse calladi-

to y arrimado a la pared, mientras la típica atacaba con uno de "sus tangos".

CACIQUE RADICAL

Gran charlista, fácilmente podía conversar todo un día con su respectiva noche. En cierta oportunidad unos caciques radicales lo invitaron en Temuco a comer. Se pidieron tres lechoncitos, correspondiéndole uno al jefe de los caciques, otro a repartirse entre los restantes dos temucanos y el tercero para Hübner, el invitado. Este se puso a hablar de lo humano y lo divino, sin parar, de tal forma que cuando quiso hacer un aro para comer, ya todo había desaparecido, pues el cacique jefe se había engullido dos lechoncitos.

-¿Y cómo se los comió?, preguntó enojado el orador, a lo que el cacique replicó, sin inmutarse:

-¡Con pancito, pues... con pancito, pues...!

Eran famosos sus almuerzos en el departamento de Agustinas. Había formado un grupo muy especial que obedecía al nombre de Club de las Banderitas. Funciona-

ba cada vez que sus amigos pescadores de Puerto Montt le comunicaban que cumpliendo su encargo, por tren iba un "chanchito de mar" recién capturado, una especie gigantesca muy difícil de conseguir.

Hübner era un americanista y el nombre del club obedecía a que cada comensal no podía levantarse de la mesa mientras no se hubiera tomado una botella de vino blanco helado por cada uno de los países del continente. Cumplida la prueba, todos los "banderitas", abrazados, cantaban la canción de las Américas, con su estribillo final de "son hermanos soberanos de la libertad".

En Veracruz, después de beber y conversar toda una noche con el presidente Lázaro Cárdenas y su cuerpo de generales, al mandamás se le ocurrió que fueran a nadar al mar.

Hübner -que había combatido su asma nadando entre la playa grande y la chica de Cartagena, razón por la cual era como pez para el agua- no titubeó en acompañarlo. A poco de nadar mar adentro, los uniformados empezaron a devolverse, dejándolos solos. Cárde-

nas le preguntó si quería seguir.

-¡Desde luego, presidente!, respondió.

A la media hora -y ya teniendo la costa muy distante Cárdenas volvió a consultarle:

-¿No quiere regresar?

-¿Por qué presidente?

-Por la sencilla razón que esta zona está infectada de tiburones.

Escuchando esto, Hübner, seguido del jefe del Estado que era valiente a carta cabal, retornaron a la playa bañando -como contaría después el chileno- todos los récords en materia de velocidad.

Lo contaba Julio Barrenechea.

Hübner tenía tal poder de convencimiento y era tan bueno para hablar que una vez decidió ir a pedir un sobregiro a la Caja de Ahorros. Lo atendió un gerente, conocidísimo por ser muy humano y condescendiente. "Le contó -decía Barrenechea- una película dramática de la situación por la que estaba atravesando, impresionándolo tanto que el ejecutivo bancario no sólo le concedió el sobregiro solicitado, sino que le regaló un sobretodo (abrigo).